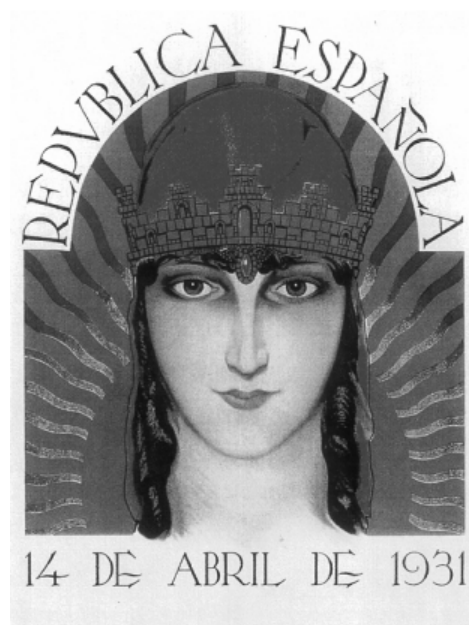


POR EL DERECHO A LA MEMORIA DE FLOREAL RODRÍGUEZ Y TODAS LAS VÍCTIMAS INOCENTES DE LA PALMA

José M. López Mederos



POR EL DERECHO A LA MEMORIA

A la memoria de Floreal Rodríguez y de todas las víctimas inocentes de La Palma, alevosamente ejecutadas en 1936.

Contiene un relato hecho por Floreal en los días que estuvo escondido cerca de su casa, entorno de La Encarnación-El Planto, en S/C de La Palma, antes de huir al monte, y diecinueve artículos del mismo, publicados en el semanario "Espartaco", de 1931 a 1934.

ALGUNOS DATOS SOBRE FLOREAL RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ



Floreal Rodríguez Rodríguez.
S/C de La Palma, 1910-
Pinar de Fuencaliente, 1936-37.
Tabaquero, hijo de Silvestre y Antonia.
Miembro del Partido Comunista, directivo de Radio
Comunista, colaborador de José Miguel Pérez¹,
Secretario de la Unión de Torcedores de la Federación
de Trabajadores de La Palma, redactor de "Espartaco"
y de "Mundo Obrero".
Fue uno de "Los Trece de Fuencaliente", asesinado
(a los 26 años) y enterrado en las inmediaciones del
Pino del Consuelo. (Arch. Arabia Rodríguez)

Floreal (Florián Saturnino Eusebio) Rodríguez y Rodríguez nace en S/C de La Palma el 6 de Marzo en 1910, hijo de Silvestre Rodríguez de la Concepción, natural de San Andrés y Sauces, y de Antonia Rodríguez Guerra, de las Nieves, en el nº 6 de La Encarnación, en Santa Cruz de La Palma. Era una familia pequeña, padre, madre y una hermana, Arabia, fallecida no ha mucho, que se preocupó de guardar la memoria de su hermano Floreal, conservando fotografías y algunos papeles. La triste suerte de su hermano hizo que Arabia Rodríguez se comprometiera además a recabar y conservar información, fotografías en particular, de los demás compañeros de infortunio de su hermano, o sea, de "los Trece de Fuencaliente". Este documento que hoy se da a la luz pública lo conservó Arabia hasta su muerte, y dejándolo como "herencia", junto con otros datos y objetos de su hermano (le hicieron llegar los gemelos de la camisa de Floreal, uno para ella y otro para su novia), a José Rodríguez Concepción, "Pepe Guerra", a quien consideraba y trató como al hijo que no tuvo. "Pepe Guerra", muy cercano a mi familia y que es el verdadero responsable de este

¹ José Miguel Pérez, S/C Palma, 1896- Barranco del Hierro, 1936. Maestro, fundador del Partido Comunista de Cuba (1926), de la Federación de Trabajadores de La Palma, del periódico comunista "Espartaco", uno de los fundadores del Partido Socialista en La Palma (1931) y del Partido Comunista de Canarias, del que era Secretario General en La Palma en 1936. Detenido después del 25 de Julio del mismo año, encarcelado en Tenerife, condenado a muerte y fusilado en el Barranco del Hierro (Tenerife) el 4 de Septiembre de 1936.

“rescate”, me hizo llegar hace algún tiempo este relato de Floreal y bastantes datos más que, justamente en estos días, cobran una importancia y un valor extraordinarios, luego de haberse “descubierto” el 26 de Julio del corriente el osario de las fosas del Pino del Consuelo (Lomo de la Faya) en Fuencaliente, restos que, de momento y por su localización, muchos consideran del “Grupo de los Trece”.

Este relato, que bien pudiera titularse **“Diálogo entre el Cristo del Llanto y la Virgen de Las Nieves”**, se contiene en un cuadernillo “de escuela” de la época, que por su contenido fue, sin duda, un cuadernillo de notas o apuntes muy variados, con muchas citas de autores, incluido Mahoma, y algún que otro dato para su publicación en “Espartaco”

Floreal fue todo un ejemplo de autodidacta: miembro de una familia humilde, trabaja desde muy joven a la vez que estudiaba, con una enorme afición por la lectura y la naturaleza: no había una excursión sin un libro. Así alcanzó una base cultural y unas cualidades para la expresión escrita poco común en personas de su ámbito socio-familiar para quienes los estudios medios y superiores eran inalcanzables. Tabaquero, se afilia muy pronto al Partido Comunista/Radio Comunista que dirigía José Miguel Pérez en La Palma llevado por su idealismo de luchar por el mejor bienestar de la humanidad, desempeñando en estas organizaciones destacados puestos directivos: en 1936 era el Secretario de la muy bien organizada Unión de Torcedores² de la Federación de Trabajadores de La Palma; fue también permanente colaborador en el periódico obrerista palmero “Espartaco” y corresponsal de “Mundo Obrero”, órgano oficial del Partido Comunista de España.

Al producirse la toma de La Palma por las tropas del “Canalejas” (25 de Julio de 1936) y concluir la “Semana Roja”³, que tan duramente pagarían una parte de los palmeros, Floreal, como otros muchos miembros de los partidos izquierdistas, temien-

² A Radio Comunista/Partido Comunista pertenecían la gran mayoría de los tabaqueros, los más concienciados ideológicamente y mejor organizados en La Palma, en parte derivado de sus especiales relaciones laborales: trabajo en grupo y por que en las tabaquerías existía la figura del “lector”, un obrero- a veces un estudiante aventajado- leía durante toda la jornada prensa, escritos políticos y literatura variada, pagado en especie por sus compañeros; con frecuencia se daba el caso de existir obreros analfabetos que conocían “de oído” parte de “El Conde de Montecristo” o “El Quijote”.

³ La Palma fue la única Isla de Canarias que no se sumó al golpe militar el 18 de Julio de 1936 y se mantuvo fiel al Gobierno legal de la II República hasta el día 25 del mismo mes, cuando Santa Cruz de La Palma fue bombardeada y tomada por el cañonero “Canalejas” procedente del Arsenal de Gran Canaria con tropas y falangistas. Esta semana, denominada por los facciosos “Semana Roja”, se debió a la labor del Delegado Insular del Gobierno, D. Tomás Yanes Rodríguez quien, considerando pasajero el golpe militar, interceptó y no hizo caso a los telegramas emanados por la Capitanía General de Canarias que ordenaban el levantamiento; se auxilió de las organizaciones políticas republicanas de La Palma, manteniendo bajo sus ordenes a la Guardia de Asalto y a la Guardia Civil, convenciendo a los mandos militares de la Isla de la inutilidad de secundar el golpe. Durante esta “Semana Roja” se mantuvo el orden en toda La Palma, y los miembros de la oligarquía local no fueron molestados, siendo detenidas muy pocas personas y por tiempo muy corto, garantizándoles su integridad tanto física como económica.

do las represalias de los golpistas, se ocultó en las inmediaciones de su barrio, La Encarnación-El Planto, auxiliado por su familia y algunos vecinos; primero en un sobretecho, luego en una carbonera (donde escribió el relato que aquí se publica) y luego, pasado escondido en una paca de hierba, a un “encanutado” (desagüe subterráneo de una finca). Imagínese el lector en qué condiciones tuvo que vivir. Su madre recibió en su propia casa palizas propinadas por un guardia civil de triste recuerdo y cuyo apellido se asemeja al vocablo “matasanos” con el fin de que delatara dónde estaba su hijo. Nunca lo dijo.

Floreal determinó marcharse al monte junto a sus compañeros, los “alzados” (?), uniéndose a la mal llamada por los facciosos «*Partida del Tintorero*» (Miguel Hernández Hernández) con los que convivió unos meses, hasta caer en una emboscada (Octubre-Noviembre del 36) en el Roque/Cueva de La Calabaza (montes de Las Nieves) denunciados por algunos vecinos de Velhoco. Fueron detenidos once: Miguel Hernández Hernández «*El Tintorero*», de Argual, que por enfrentarse a sus verdugos fue apaleado y castrado antes de ser asesinado, Floreal Rodríguez Rodríguez (26 años), Víctor Ferraz Armas, ambos de S/C de La Palma, Sabino Pérez García, de Velhoco, Dionisio Hernández Hernández, de Puntallana, Vidal Felipe Hernández (no estaba en el monte, detenido en Mazo por llevar comida a un familiar, tenía 17 años), Antonio Hernández Guerra, Eustaquio Rodríguez Cabrera, ambos de Puntallana, Manuel Camacho Lorenzo, de Tzacorte, Dionisio Hernández Cabrera y Aniceto Rodríguez Pérez (24 años), los dos de Puntallana otros dos pudieron escapar, Francisco Brito, «*Desgracia*» y Antonino Pérez, cabrero de Velhoco que, tiempo después, contaron los hechos.

Los bajaron a pie y amarrados por la Cuesta de El Planto/La Encarnación como «*trofeos de guerra*». Según versión de algunos vecinos, al pasar por delante de la casa de Floreal Rodríguez (La Encarnación, 8), llamaron a su madre y hermana para que lo vieran, y uno de los fascistas le dijo a ambas: «*Mírenlo bien que es la última vez que lo van a ver!*». La madre de Floreal jamás volvió a pisar la calle mientras vivió y ambas mujeres, doña Antonia y Arabia Rodríguez, vistieron de luto hasta su muerte.

Estos once detenidos fueron encarcelados en los calabozos del Cuartel de Infantería, sito entonces en la Plaza de San Francisco, prácticamente incomunicados y sometidos a permanentes palizas propinadas para que «*cantaran*», lo que se realizaba, por lo general, en el Castillo de Santa Catalina o “Castillete”, entonces guarnición-calabozos y con pocos vecinos en sus cercanías.

En fecha no muy conocida, a finales de 1936 o principios de 1937, estos once presos, a los que se sumaron dos más, Segundo Rodríguez Pérez, hermano de Aniceto, y Ángel Hernández Hernández, detenidos por llevar comida a sus familiares

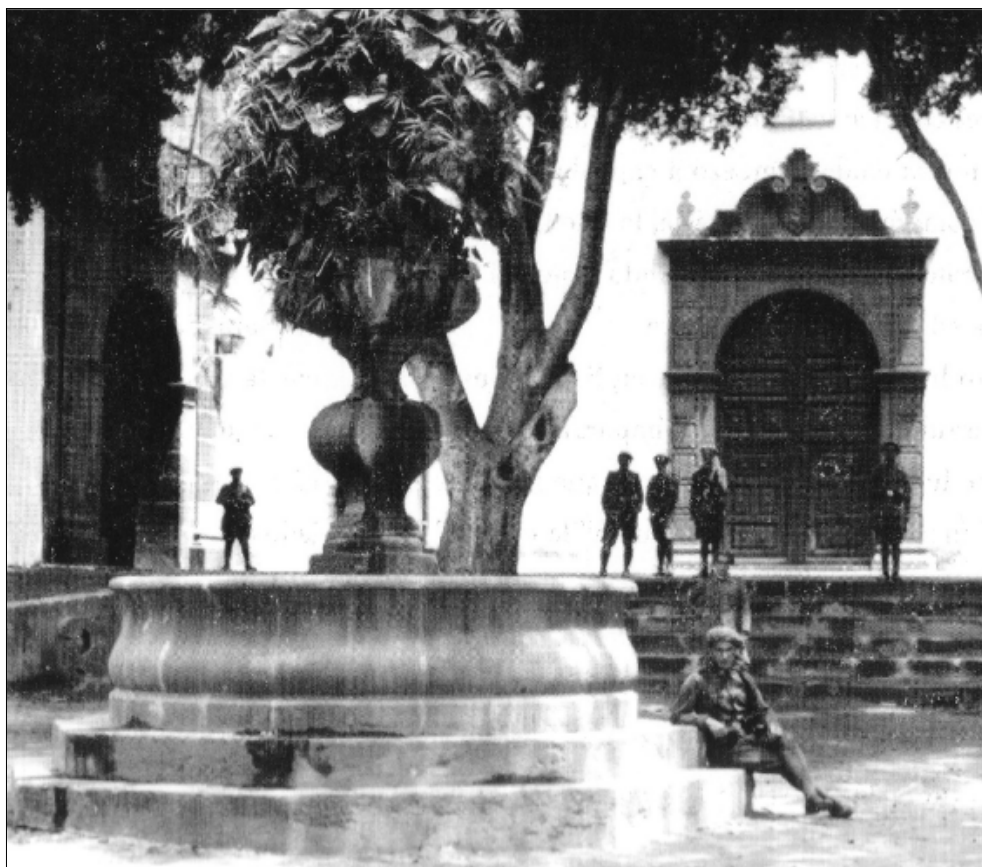


Castillo de Santa Catalina, "El Castillete". Guarnición-calabozos en 1936.

(¡gran delito ese!), fueron sacados de los calabozos del cuartel de San Francisco en dos noches consecutivas, en las que sorpresivamente se produjo un “apagón general” en toda S/C de La Palma, trasladándolos por el camino de La Dehesa en lugar de las calles de la ciudad (no querían que les viesen atravesar Santa Cruz de La Palma) hacia su terrible destino en los pinares de Fuencaliente; fueron *Los Trece de Fuencaliente*.

¿Por qué? Hoy la mayoría de los investigadores se inclinan a pensar que estas salvajadas ya estaban previstas por los golpistas: erradicar hasta sus raíces cualquier tipo de reacción; basta con ver las “instrucciones reservadas” del general Mola, redactadas a principios del mes de Julio de 1936, en las que se recomendaba actuar con la mayor violencia posible para, nada seguros del triunfo del golpe de Estado —como así fue— imponerse por el terror. También esta tendencia a la violencia extrema aparece en el manifiesto golpista de Franco publicado en la prensa de Canarias el 18 de Julio de 1936: «*La energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de la resistencia que se ofrezca*». Y La Palma resistió una semana.

¿Quiénes fueron los responsables de estas matanzas, de “machuca y limpia” en Canarias? Canarias no fue frente de guerra y la oposición a los golpistas fue mínima; Canarias es la demostración más real de la violencia calculada hasta sus máximos extremos por los facciosos, por que aquí los “rojos” no hicieron nada que justificara la violencia franquista aplicada en Canarias derivada de la “implacable venganza justiciera” como ha querido “venderse” con posterioridad y, lo que es peor, aún en la actualidad.



Antiguo cuartel de San Francisco, a la izquierda, aledaño a la iglesia del mismo nombre.

Responsables en Canarias y en La Palma de estas barbaries no sólo fueron los autores materiales de los asesinatos sino también, y muy especialmente, quienes las permitieron y organizaron; un “operativo” de esta magnitud no se puede llevar a cabo sin la organización y los medios materiales necesarios. ¿Cómo se puede sacar de un cuartel a trece personas y llevarlas en vehículos hasta Fuencaliente y más en aquellos momentos, sin impedimento alguno? Evidentemente todo fue organizado y alentado desde arriba, por el terrible General Dolla, sustituto de Franco en la Capitanía General de Canarias, y sus secuaces en todas las Islas. Es insostenible que Dolla actuara por su cuenta y que se extralimitó, lo que le llevó a perder la confianza de Franco; Dolla era un “mandado” que cumplía órdenes.

Hoy, setenta años después, sabemos más; esto es chico y todo se sabe; la memoria de las gentes, de los familiares, amigos y vecinos es dura de roer y se hace permanente, y conviene recordar, sólo eso, recordar, a las personas que perdieron la vida por unos ideales que hoy forman parte de la vida cotidiana de los españoles. La he-

Por el derecho a la memoria de Floreal Rodríguez y todas las víctimas inocentes de La Palma

rida abierta entre los españoles aún no está cicatrizada, ya es hora de cerrarla y para ello es necesario dignificar y recordar a los “desaparecidos”, ejecutados y perseguidos. Les quitaron la vida, que no les quiten el recuerdo.



Posibles restos de “Los Trece de Fuencaliente” hallados el 26 de Julio de 2006.



Alpargatas con restos óseos encontradas en las Fosas de “Los Trece de Fuencaliente”

Al respecto y que dedico a la memoria de “Los Trece de Fuencaliente”, víctimas inocentes y a sus familiares, dice el Evangelio de San Juan (Cap. 5, vers. 28-29):

“No os sorprendáis, viene la hora en que todos los que están en las tumbas escucharán la voz y saldrán, **los que hicieron el bien, para resucitar a la vida**”.



Floreal Rodríguez y su hermana Arabia. 23 de noviembre de 1928.

REPRODUCCIÓN LITERAL DEL ÚLTIMO RELATO DE FLOREAL RODRÍGUEZ

I

«—¿Hablo con María de Las Nieves?... Aquí San Pedro. No te alarmes, María. No es costumbre en mí servirme del teléfono, pues bien sabes que me dan de cara todas esas extravagancias cuyo conjunto llama la gente —no sé por qué razón— “Progreso”; pero es el caso que, aún a mi pesar, he de faltar a mi hábito utilizando estos hilos para decirte algo que es preciso sepas cuanto antes.

No, no. Repito, que la cosa no es como para volvernó locos; aunque sí puede ser motivo de incontables y tremendos inconvenientes. Verás: han llegado hasta mí rumores bastante desfavorables acerca de tu colaboración con esa gente española en cambiar las cosas en España de acuerdo con su manera de ser y sus despreciables intereses (Esto de despreciables es por si alguien está oyendo...) Escucha. Si, ya sé que tu colaboración no es voluntaria y que por motivos que no es preciso traer a colación, te ves en la necesidad dolorosa de acceder a sus caprichos y conveniencias que, dicho sea de paso, nada favorecen a nuestra religión, aunque sí a nuestra Iglesia... Pero...

Sí, María; es muy razonable cuanto me dices pero es absolutamente preciso hacer comprender a todos estos señores cuyas pretensiones parecen que no reconocen límites, que puesto que exigen de nosotros una contribución que nos hace que pongan en entredicho ante nuestros fieles más sinceros (y, lo peor, ante los que no son fieles) todos los grandísimos inconvenientes que nos acarrea con sus descomunales pretensiones. Y perdona que no escuche tus razonadas observaciones; pero no puedo continuar porque será demasiado costosa esta conferencia y no disponemos de... Mucha suerte por ahí y andad con pies de plomo que los tiempos no son para menos.

II

—Mira, amigo del Llanto, no vengas tú también a descargar sobre mí tus acusaciones. Tengo bastante, me parece, con el repertorio que me soltó por teléfono San Pedro hace unos días.

—Perdona, amiga María. No sabía que el Santo Pedro te hubiera hablado del particular y me satisface esta coincidencia, que robustece y presta autoridad a mis opiniones. Pero... ¿Dices que por teléfono?

—¡Por teléfono y todo! (¡Qué has creído?) Se excusó diciendo que le dan de cara todos esos chismes del progreso; pero muy bien que advertí satisfacción, y creo que me hubiera predicado su media horita si no es por el costo de la conferencia; en cuanto a mí, confieso que no me disgusta.

—Nuestro papel —permitid que vuelva a mi discurso— me está pareciendo bastante ridículo, María. Bien sabes que hacía mucho tiempo que no veía el sol.

Se excusan diciendo que como soy tan grande... Lo que no sabía yo que fuese delito ser grande. En fin, dejemos mi figura pugilística... Preciso es que, este tiempo que vamos a estar juntos lo aprovechemos en hablar de nuestros comunes intereses, más amenazados desgraciadamente, de lo que nos podemos suponer.

—Me resigno a escucharte, amigo del Llanto. Pero oye este ruego y tenlo en cuenta: pluraliza un poco... por que no voy a ser yo la cenicienta.

—Si no trato de acusarte, amiga María de Las Nieves. Si alguna vez lo parece, no es mi intención, yo sólo quiero decirte lo que pienso y escuchar tu autorizada opinión acerca de ello.

Aunque vivo olvidado de todos —y no me lamento— conozco algo de lo que sucede en España y tengo noticias respecto de algunas conductas.

—Te rogaría no hicieses alusiones, pues nada hay que nos impida ser claros entre nosotros.

—No puedo ser más claro, mi buena María, pues si bien sé que hay entre nuestros “fieles” mucha conciencia tenebrosa, no podría señalar cuál de éstos son sus “propietarios”. Pero, amiga, hemos de aceptar la verdad tal cual ella es y reconocer —aunque sea duro— que la devoción de nuestros fieles por dinero y sus ansias de poder en este sucio mundo —y pedimos a Dios que califique así su obra— está en ellos mucho más desarrollada que su devoción cristiana y sus deseos de alcanzar el bienestar en la otra vida...

—Mí querido amigo del Llanto: sin duda tienes toda la razón; pero a falta de plata, hemos de aceptar el cobre. Son de cobre ordinario nuestros fieles, pero no los tenemos mejores y ellos son nuestros sostenedores —amigo— por conveniencia unos, por ignorancia los menos; por adular a los primeros, una buena cantidad y bastantes por parecer gente “bien” y aprovechar las ocasiones en que nuestra religión les ofrece ciertas ostentaciones.

—Veo que tú también has observado algunas verdades y convengo sin reservas que es muy oportuno que las tengamos para nosotros. Comentando si nuestros fieles tienen sus conveniencias, sus caprichos, más o menos estúpidos, y a veces inconfesables, no diré que me opongo a servirles en todo lo que podamos y sea razonable, pero sí es muy justo que exijamos a nuestra vez una lógica y justa reciprocidad —alguna justificación de su parte—. Nuestro Santo Pedro ha dicho en síntesis —según me han contado— que realicemos una política habilidosa —que “cubra las apariencias”, digámoslo así—. Y esta es también concretamente mi idea. Bien sabes que los peores enemigos de una doctrina cualquiera no son los que la combaten sino aquellos que, llamándose sus defensores, la adulteran y falsifican, proporcionando al enemigo los peores argumentos que contra esa doctrina puedan esgrimirse y, si hemos de ser sinceros, hay que confesar que nuestros peores enemigos se encuentran en nuestro propio campo.

Pero, amigo del Llanto —o del Planto, como el vulgo se empeña en llamarte—, ¿crees tú que adelantamos algo de esta manera? Más práctico me parece que estudiemos y elaboremos nuestro plan de defensa, esforzándonos en hacerle comprender a

nuestros exigentes fieles la necesidad de aceptarlos explicándoles la conveniencia general de ello.

—Muy fuerte, María, pero esa es tarea que sale de nuestras competencias.

—Esta necesidad iba a exponérsela a nuestro Santo Pedro cuando soltó su teléfono alegando motivos económicos.

—Sin embargo María, es urgentísimo que, en la primera ocasión, planteemos la cuestión en toda su realidad. Tú, que eres muy visitada y cuentas con muchos devotos por tus bondades, habrás tenido infinitas oportunidades de ver entre estos a bastantes individuos no muy dignos de ti y algunos cuyas fortunas cuentan en su formación con el sacrificio de víctimas inocentes. María... hay riquezas cimentadas sobre crímenes —son las más— y que para crecer necesitan víctimas como el militar necesita soldados que enviar a la muerte para lograr ascenso rápidos... En este paseo que me han dado desde mi ermita hasta esta tu casa, he sentido asco de muchísimos de mis acompañantes y si no fuera por este tiempo que hemos estado reunidos hubiera deseado me dejaran tranquilo en mi soledad que siempre es mejor estar solo que con una compañía como la que tuvo Cristo en el monte del Calvario...

—¡Caramba, cruel con nuestros fieles...!

—Te equivocas, María. Podría demostrarte fácilmente que los crueles son ellos para con nosotros. La gente que trabaja y sufre vé con malos ojos —lo sé muy bien— nuestra abierta contribución a la consecución de ciertos inconfesables propósitos, de nuestros falsos fieles.

—Sabes, amiga, que cuando al populacho cejijunto se le escarrancha una idea encima de las cejas la cosa no es como para estar muy tranquilo. Y, por desgracia para nosotros, mucho me equivoco o esa idea que yo tengo se ha clavado ya...

—Eres un pesimista crónico, amigo del Llanto.

—Mejor sería que no fuera así, pero comprobarás con dolor que soy, por el contrario, un realista y que es la misma evidencia lo que estoy diciendo. Te cuentas muy segura. Sin embargo quizá no seas de las últimas víctimas. Tus devotos te han proporcionado un buen número de enemigos invocándote, como protectora de sus más despreciables propósitos y no me sorprendería nada que parte de su culpas las cobraran sus enemigos en ti, con la intención de hacerles daño a ellos. He aquí lo que constituye —a mi parecer— la crueldad de nuestros fieles para con nosotros. ¿Te parece que soy injusto?

—No te falta razón, pero hay que guardar las apariencias— como aconseja Pedro— y contemplar a nuestros amigos. ¿Que son por conveniencia? Ya lo sé.

Ohhh... Ohhh... Envuelto en los olores de las dovatas perfumadas llega un gigantesco de rezos que se repiten. Oigo ese sordo ruido característico de un gentío que marcha lentamente. Es la Virgen de Las Nieves que la llevan de regreso en su viaje

de rogativa por la victoria que su poder divino no logró. ¡Ya me parecía algo raro que San Pedro hablara por teléfono! (Cuidado, que se le ocurren a uno extravagancias cuando sueña)

Y mientras la infinita devoción de sus fieles conducen a la “negrita” con todos los honores y cuidados a su templo, alejándose, yo me quedo pensando: “Más de cuatro de esos, si supieran que estoy aquí, a dos metros de ellos, ¡con cuanta alegría dejarían su virgen y sus rezos para venir a atraparme con fines “muy cristianos”!

Y siento...».

Concluye aquí el relato de Floreal Rodríguez Pérez, cuyo original escrito a lápiz conserva su familia.

APÉNDICE DOCUMENTAL

REPRODUCCIÓN FACSIMILE DEL INICIO DEL “DIÁLOGO ENTRE EL CRISTO DEL PLANTO Y LA VIRGEN DE LAS NIEVES”

Algunos artículos publicados en “ESPARTACO” de 1931 a 1932

Contiene diecinueve artículos publicados en el semanario “ESPARTACO” por Floreal Rodríguez, bajo el seudónimo de “LAEROLF”, entre 1931 y 1934. Con total seguridad hubo de publicar más, pero la mejor colección del semanario “ESPARTACO”, que es la que conserva la Hemeroteca del Museo Canario de Las Palmas y que procede del legado de Don Antonino Pestana, desgraciadamente es incompleta y faltan muchos números de dicha revista. La colección que conserva la Hemeroteca de la Universidad de La Laguna es una copia de la del Museo Canario. También en la Hemeroteca Municipal de Madrid se encuentra otra colección de “ESPARTACO” y que adolece del mismo mal.

Asombra observar la calidad, variedad, amplitud y profundidad de estos artículos escritos por un joven de entre 21 y 26 años (no le dejaron vivir más), trabajador tabaquero y que muy pocos años pudo asistir a la escuela. No cabe duda de su autoformación —Floreal era un empedernido lector y su profesión de tabaquero (conocida es la figura del “lector” en las fábricas de tabaco en La Palma y en Cuba) contribuyó mucho a su acceso a la más variada literatura— y a lo que sumamos la profunda influencia que debió ejercer en este joven el educador y político comunista palmero José Miguel Pérez.

Su pensamiento político es profundamente pro soviético, comunista bolchevique, como no podría ser de otra manera en un joven comunista de los años veinte.

Lo triste y lamentable es que a Floreal Rodríguez lo asesinaron a sus 26 años por sus ideas y por sus palabras.

Creo que es motivo más que suficiente para recuperar su memoria.

1
 - ¡Hablo con María de las Nieves?... Aquí San Pe-
 dro. No te alarmes, María. No es costumbre en mi
 servicio del teléfono, pues bien sabes que si te
 me dan de casa todas esas extravagán-
 cias que llaman cuyo empunte. Llaman
 la gente - no sé por qué razón - Pregun-
 ta si es el caso que, aun a mi pesar, he
 de faltar a mi deber utilizando hoy
 estos hilos para como deciste algo que
 lo fueris lo que cuanto antes...
 No, no. Respecto que la cosa no es co-
 mo para volar por los aires, aunque si
 puede ser motivo de irreverencia y de
 desobediencia. Verás: Han llegado he-
 ta mi persona bastante desfavorables
 acerca de tu colaboración en una gran
 te importante en cambio las cosas se
 copian de acuerdo con su manera de ver
 y sus despreciables intereses (esto de despre-
 ciables es por si alguien está oyendo)... Es
 curiosa... Si por si que tu sea tu co-
 laboración no es voluntaria y que por

Reproducción facsímil del inicio del "Diálogo entre el Cristo del Llanto y la Virgen de las Nieves",
 extraído del "Cuaderno de Floreal" (Archivo Arabia Rodríguez).

EL ANCIANO

La noche es espléndida; el aire marino, fresco y oxigenado, parece solozarse, brinándonos sus suaves caricias; el dulce rumor del mar revolotea temeroso en nuestros oídos, ovacionado con el monótono tic tac producido por las embarcaciones que, blandamente, se pavonean sobre las tranquilas aguas de la bahía; el cielo, en el que la Luna arrepentida quizá de brindar sus plateados rayos a un mundo tan injusto no ha asomado, está sereno; ni un sólo nubarrón ha osado manchar su limpidez; la ciudad parece reposar tranquila, acariciada por la tibia y suave brisa marina; no obstante, hacia un extremo y por entre unos árboles, una clara y profusa iluminación denuncia alegría... Se oye música: música y murmullo... sinónimos de fiesta.

Nuestros pasos allá se encaminaron. Entramos. En una fiesta siempre se pueden ver dos cosas: mucha alegría... y mucha vanidad. Dos cosas carentes ambas de fundamento, mientras existan miserables.

La plaza está animadísima; la juventud risueña y optimista, se harta de pasear y el colorido de los trajes femeninos, dá al conjunto un aspecto maravilloso.

Entre tanta juventud, un anciano de aventajada estatura y semblante agrio, pasea con ella confundido. Lleva fuertemente agarrado en su diestra un gran bordón; un «gabán» cubre los harapos que tapan su cuerpo; con la siniestra mano sostiene sobre su hombro el flamante equipaje (dos sacos viejos y medio deshechos) que extenderá donde le sorprenda el sueño

o lo rinda la fatiga.

Casi todos lo miran cual si fuese un intruso... y él con un semblante que impone respeto, parece decir:

—¿Qué me miráis, estúpidos? Contempláis mis harapos y parece como si quisierais decirme:

—¿Qué haces tu aquí; a qué vienes?—Pues bien: no tenéis razón para dirigirme esa mirada conminatoria, puesto que la miseria la lleváis dentro de vosotros. Mi miseria está en el traje: miseria que me ha dado una sociedad donde los ancianos son eliminados cuando ya han extraído de ellos el caudal de energías que poseyeran, obligándonos de esta suerte a humillarnos, a solicitar una limosna de aquellos que nos han expoliado, hiriéndonos de este modo en el cuerpo y en el alma.

Heridas son las primeras que pueden curarse fácilmente, pero las segundas no las cura más que una cosa: los aires rusos.

Con ese paso monótono y peculiar en los ancianos, echóse fuera de la plaza. Su rostro iba contrito, quizá por no haber podido exteriorizar su pesimismo; tal vez su alma rebozaba odio a una sociedad que lo ultraja; quien sabe si pesaroso de abandonar aquel jardín, sin regar con sus ideas algunas de sus flores...

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO
13 Junio 1931

COSAS VISTAS

Títeres y titiriteros

En una de mis repetidas y diarias visitas a un hermoso pueblo, cuyas abruptas costas baña el Atlántico, y cuyo nombre no hay para que mencionar, tuve ocasión de presenciar una de esas titirítadas historietas que me pareció divertidísima. No le sucedió lo mismo a los pueblerinos, pues, como luego pude advertir, la historieta era fiel reflejo de ciertos juegos políticos que en aquel pueblo habíanse desarrollado; y éstos no eran muy graciosos, que digamos, para ellos.

El protagonista, llamado el Secretario, por su gran parecido con el ave del mismo nombre, se apoderó desde el primer momento de la atención del público. En cierta ocasión y con motivo de no recuerdo que pantomima, se apareció con un informe tan exageradamente engalanado y trocado tan ridículamente, que hizo exclamar a los asistentes:

—¡Si parece un cefalópodo de parasol!

Conforme iban desarrollándose las titirítadas, crecía el entusiasmo de los asistentes: yo, por mi parte, temía y preveía el desenlace.

Llegó un momento en que el Secretario intrigó de tal modo a los presenciales, que ya en adelante saludaban su presencia con un «pün» unánime y colectivo.

Los demás personajes—todos interesantísimos—no tuvieron la virtud de despertar grandemente la atención de los pueblerinos.

He aquí, poco más o menos, la conversación que, según decía antes, hizo me alcanzar la verdadera e insospechada magnitud de la farsa, y que unos jóvenes sostenían en un café:

—En realidad, la farsa está muy bien; ofrece por demás una trama interesantísima. Ahora bien; hemos de advertir en ella su verdadero interés y fin. Ciertamente, no habrán sido todos los que alcanzaron la finalidad de la historieta.

—Yo creo—interrumpió uno—que el verdadero fin de la farsa es: demostrar—que

no es el cefalópodo de parasol el personaje puramente nocivo—digámoslo así—; sino que por el contrario se limita a obedecer a sus superiores, los cuales vienen a ser, en consecuencia, los verdaderos responsables.

—Esa es—afirmó el primero, tomando de nuevo la palabra.—El Secretario o cefalópodo de parasol—como lo hemos apodado y como quedarás llamarlo—, no es, realmente, el promovedor absoluto de los sucesos; es, solamente, la pantalla que refleja el foco de la voluntad de sus mandatarios. Luego, son sus superiores los verdaderos culpables, puesto que no obligan a sus subordinados a que se circunscriban a cumplir estrictamente sus funciones.

No es que yo diga que el Secretario no lleva en sí un deseo de superioridad que le hace aparecer un poco estúpido, mal intencionado y provocativo, además de grosero; no; lejos de ello, creo que son innatas en él esas condiciones. Pero si quanti-

gre, que lleva en sí la fiereza, se le hostiga y provoca, avivando de este modo sus fieros instintos. ¿podríamos con justicia echarle la culpa del daño que produjere? No. Obrando con justicia habríamos de acasar y hacer responsable a quien originó las causas, que es, en realidad, el más culpable.

No me parecen del todo injustas las maneras empleadas con el Secretario, pero hemos de reconocer que no es el mayor sinvergüenza; y es esto, precisamente, lo que hemos de advertir, amigos míos, ya que, como habéis notado, es la verdadera finalidad de la titirítada.

—De acuerdo—dijo uno—; para que esas chupones aquí, nes la historieta, indudablemente, nos muestra no vivan en la creencia (¿y vivirán?) de que nosotros nos mamamos el dedo; y sepan esos... esos, que aquí sabemos quienes son los títeres, y quienes los titiriteros, porque, afortunadamente, «aquí todos nos conocemos».

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ

ESPARTACO, 25 JULIO 1931

"Amaos los unos a los otros"

Con estas palabras del «maestro Jesús», termina Ricardo G. Martín, su artículo publicado en el número cinco del semanario local, «Acción Social», intitulado, «Cooperadores de la buena prensa».

Principia el Sr. Martín, diciendo que no es «pecar de insistentes el recomendar la más decidida y constante cooperación y protección a la prensa católica, y añade: «que no están los tiempos que corremos tan sobrados de defensores periodísticos de la sensatez, del orden y de la fraternidad social». «Sensatez», «orden», «fraternidad social».

Según Ricardo G. Martín, los que no seamos católicos, respetuosos con la propiedad, amigos del orden (del orden a su modo, desde luego) no somos sensatos; no tenemos juicio. Sensatez, para el Sr. Martín, es creer que de cinco panes de cebada y dos pececillos, comieran cinco mil hombres, y una vez éstos hubieron comido, se llenaran doce cestas de pedazos de los cinco panes.

Esto sí es tener juicio. Con seguridad el amigo lee estas cosas en el Evangelio de San Juan.

¿Orden? No hablemos de él, Sr. Martín. Usted cree que el orden estriba en el respeto a la Ley, a la Autoridad, a la Justicia, a la Religión. Yo, entiendo —al contrario que Vd.— que los que parecen respetar esas palabras, lo hacen por cobardía o por conveniencia; son pusilánimes y acomodaticios. En cuanto a la Justicia, conozco una redondilla que dice:

«Yo bien quisiera saber
(Y lo digo sin malicia)
Por qué al oír: ¡la Justicia!
Todo el mundo echa a correr».

¿Es que habéis llegado a sospechar que si esas leyes tienen cierta equidad entre capitalistas

y proletarios, es porqué ese fué el deseo de los legisladores? Bien sabéis que no. Lo que sucede es que «los tiempos cambian», y ya a los «perros no se les amarra con longanizas».

«¿Fraternidad social?» ¡Olé!, por el amigo Martín. Pero ¿qué significa fraternidad? Fraternidad implica amor mutuo, desinteresado (y en él, forzosamente, tiene que existir igualdad); fraternidad es sinónimo de hermandad. «Amaos los unos a los otros», es el estribillo de los católicos; «no quieras para nadie, lo que no quieras para ti». ¿Cómo se atreven a invocar estas palabras? Y para demostrar su sensatez dicen con ese tono enfático que los caracteriza: «Ricos y pobres habrán de existir siempre». «Antes pasará un camello por el ojo de una aguja, que entrará un rico en el cielo». (Palabras de Cristo).

¿No hay antítesis, verdad? No; lo que hay es sensatez. Sigamos leyendo: «Los amantes de la libertad bien entendida y de la justicia estricta...» Yo no sé qué clase de libertad es esa bien entendida. La mía es: facultad absoluta de disponer de mi albedrío, sin perjudicar, desde luego, a un segundo. Dígame el Sr. Martín, cuál es su libertad «bien entendida».

«Ideas erróneas», labor disol-

vente y, suicida» (qué menos). «cuya truculenta ideología merecería por lo menos (no faltaba más) el más soberano desprecio de las personas honradas». (Y si le parece poco, bájala).

«Pretende pasar por honrado, y aún no ha estado en la cárcel» —ha dicho alguien, amigo Martín—.

Va cansado de decir tantas cosas buenas, termina el amigo, Martín alentando a sus correligionarios: Los adjetivos calificativos le salen por docenas: «buena prensa», «causas justas», «programa regenerador», «exaltada e injusta pasión», etc.; dicen que ellos son «emiliotosos y egoístas» (se le vino la verdad a la boca); que la lucha de clases es el fundamento y única razón del «mal llamado Socialismo».

Como el amigo Ricardo G. Martín, siga con esa decisión y ese heroísmo, se va a ganar el sobrenombre de «El Sensajo». Si esto sucede, nosotros le rogamos que no sea ingrato con aquel Rient-Saint tan simpático que llevaba antes.

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO.

22 Agosto 1931

Nunca es tarde...

El sesudo, sensato, talentoso y simpático Ricardo G. Martín ha demostrado una vez más que «no es verdad que con el tiempo del amor, se extingue el culto...» Digo esto aludo a esos versos, porque esa afirmación se ha visto confirmada ahora por el amigo Ricardo. «A pesar del mucho tiempo, desde entonces transcurrido», no se ha enfriado en lo más mínimo el ardiente deseo que el agradabilísimo amigo, sentía por la réplica que, por lo que se advierte, pugnaban por saltar de su sesudo cacumen.

Y vamos al grano: Decía el amigo que yo le he replicado «extemporáneamente» su con-sabido artículo. Quiere decir el bueno de Ricardo, que mi réplica fue inoportuna del momento.

No ha dicho usted, amigo Ricardo, que «más vale tarde...» ¡¡¡Uy, por Dios; me voy a ver obligado a quitarle el sobrenombre de «El Sensato...»! ¿Y dice el amigo, que dijo Cervantes, «que cada uno es como Dios lo hizo y peor muchas veces»?

Cuidado con lo que se dice y escribe, amigo Ricardo; mire que puede Vd. negar principios religiosos si cree eso. Si yo soy como me hizo Dios, ¿por qué me combate Vd., si mi «yo» es reflejo de la voluntad de Dios? ¿Que la bondad no deja de ser cierta porque algunos la desconozcan, y que la verdad debe decirse aún en contra de unonismo? ¡Amírrame este congreño...! Pero, ¿a qué viene eso, queridísimo, cristianísimo y sapientísimo amigo Ricardo?

Respecto a la relación que esas sensatas máximas puedan guardar con la cuestión que nos ocupa, estoy, lo confieso, completamente a oscuras; de consiguiente le devuelvo la moraleja ofrecida.

Si el amigo Ricardo ha llegado a suponer que soy polemista, se ha equivocado; si ha creído que se entretiene un artículo; habrá podido comprobar lo contrario; y si ha llegado a pensar que soy inteligente, está completamente erróneo, cerrado sin achas, que con ella...

Yo sólo sé, amigo Ricardo, que no sé nada. Y ya es cierto

algo, como dijo el filósofo...
Perdone, pues, el poco caso, amiguito, y como Vd. dice, allá veremos a quien está en lo cierto...

L'ABROLF.

Floreál Rodríguez

ESPARTACO

19/09/1931

Comentarios a otros comentarios

Jamás en la vida se ha realizado un acto al cual no se hayan unido, como apéndice indispensable, unos comentarios; ello es, pues, consecuencia directa e inevitable de todo acto humano.

Si tenemos en cuenta esto, a nadie habrá extrañado que el mítin celebrado el viernes 2 del corriente, los haya tenido a granel. Conviene hacer aquí, la siguiente división de éstos: en sinceros y apasionados. Los primeros, merecen ser escuchados, y los segundos, también merecen... que no les hagan caso.

Como decía antes, el viernes se comentó mucho y de muchas maneras y, aunque carezco de memoria, algo había de quedar-se en la mollera, en virtud de lo cual recuerdo perfectamente las siguientes palabras de un comentarista republicano:

—«Oye, J... Mira un republicano sin contenido—y señalaba a uno de sus correligionarios—casado por lo civil y con los hijos sin bautizar».

Con estas palabras pretendía hacer constar la personalidad genuinamente republicana de aquel a quien señalaba, a la vez que ponía unos comentarios indiscretos, a ciertas frases de uno de los oradores.

No faltará quien suponga una vez leído lo precedente, que mi propósito es criticar sistemáti-

camente al enemigo—, o mejor dicho, al que como yo no pienso; porque pudiera suceder que este es sincero, y entonces no lo considero mi enemigo—sus ideas, opiniones o actos. El que esto suponga, verá que está completamente equivocado. Mi propósito no es otro que el de poner también unos comentarios a las palabras que en el mismo oficio pronunció el republicano de referencia. Según él, el sólo hecho de haberse casado civilmente y no bautizar a sus hijos, tiene carta acreditativa de integridad de ideales republicanos. Esto aún me parece bastante poco para justificar o acreditar la personalidad republicana de cualquiera. Procuraré explicarme: El hecho de que una persona contraiga matrimonio civilmente no significa, ni explica, ni acredita otra cosa, que una completa convicción de sus ideas anticlericales, pero nunca la personalidad política de un individuo. Ahora sí, para ser genuinamente republicano, hay que ser anticlerical. Pero no de esos anticlericales que después de haber prescindido de la iglesia educan a sus hijos en establecimientos religiosos..

Decía uno de los oradores refiriéndose a esta clase de republicanismo, que es republicanismo sin contenido. Irrefragablemente. Mientras un hombre piense que en esto se encierra una idea; mientras crea realizadas sus ideas porque se haya ido el rey, yo me atrevo a afirmar que es un republicano sin contenido. El rey pudo haberse ido y quedar la monarquía. Paradójica parece, pero quizá no lo sea.

LAEROLP.

FLOREAL RODRÍGUEZ

ESPARTACO, 24 OCTUBRE 1931

La importancia de las peque- ñas cosas

Alguien ha alegado como razón impugnadora en conversaciones sobre cuestiones obreras, la siguiente: «Si no fuera por los patronos, los burgueses tan invocados por ustedes, pobres de muchos obreros padres de familia! Si no fueran los trabajos en que aquéllos los emplean, éstos, ¿de qué vivirían?»

Esto que a muchos parecerá una razón aplastante es el anatemático más grande que puede lanzarse al rostro de la actual sociedad: es un arma asaz poderosa, para combatirla.

En la actual sociedad burguesa, el obrero, el paria, véase en la necesidad de vender su trabajo a cambio de un jornal. Esto hace que el trabajador, en cuanto se le ocurra al patrono dar por terminado el trabajo, quede sin un medio legal para procurarse el sustento, de él y de su familia. De aquí se deduce, pues, que la existencia del trabajador y de los que de su trabajo viven, depende directamente de la voluntad del capitalista.

Por eso decíamos antes que las frases «si no fueran los burgueses, pobres de muchos obreros!», es un anatema que la misma sociedad burguesa, estúpidamente, se lanza a la cara.

Son aspectos éstos que su misma vulgaridad les quita importancia, pero que en realidad, no sólo no carece de ella, sino que la posee abundantemente. ¿Puede existir nada más salvaje que el que unas personas mueran de hambre, sólo porque a otras personas, que son muchísimas menos, se les antoje negarles todo medio de vida, encareciendo y hasta destruyendo los productos que ellos han confeccionado y reduciendo además su capacidad adquisitiva? ¿Y no es esto lo que sucede? ¿Quiere alguno decirme, si para alcanzar esta verdad, se precisa ser socialista o comunista? Indudablemente, no. Lo único que hace falta es ser

sincero y no reírse sistemáticamente de quien advierte la verdad de ello. Y esto es lo verdaderamente difícil. Tan difícil como fácil es decir: «aquí lo que ha dominado siempre ha sido la política personalista, la del voto por el favor», y haber sido toda su vida de este rebaño.

Ya véis, compañeros trabajadores, como vuestra existencia está a merced del capitalismo del mundo, que algunos creerán que no tiene que ver nada con nuestro trabajo. Y como vuestra existencia, la de vuestros hijos, padres y hermanos, se encuentra también dependiente de ese monstruo aniquilador. Porque temed, entendido, que en esta vida, todo tiene, en el fondo, cierta relación; aún aquellas cosas que más extrañas nos parecen entre sí.

Buscad siempre en las cosas que de momento os parecen insignificantes, su parte de utilidad. Observad, examinad, investigad siempre—ha dicho alguien—; que de la afán de conocer el por qué de las cosas, han nacido los grandes inventos, asombro del mundo entero y benefactores de la Humanidad.

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO

24 octubre 1931.

La diayuntiva en el asunto la coloca, pues, la Compañía. Esta, a mi entender, no puede alegar razones convincentes en que fundamentarse para no tomar los productos canarios, ya que éstos le proporcionan abundantes ganancias. Si esto es así—que lo es, indudablemente—. ¿en virtud de qué razón caprichosa se niega la Tabacalera a hacer un contrato beneficioso y conveniente para ella? ¿Es que la elaboración de Canarias es más imperfecta que las demás? Todo lo contrario: es mejor y más perfecta. La razón está toda de nuestra parte, de los obreros canarios. Tenemos, pues, dos preguntas que hacer: una al gobierno y otra a la Compañía. Y son las siguientes: ¿No puede el Gobierno de la República exigir a la Arrendataria que tome los productos de Canarias? ¿Por qué la Compañía Arrendataria se niega a tomar estos productos?

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO,, 7 NOVIEMBRE 1931

La razón que no era antes

El ministro de Gobernación, Sr. Casares Quiroga ha dicho, habrá cosa de un mes—lo que no tiene que ver puesto que será nuevo mientras él sea tal—, que hay de aquel que intentase un gesto contra la República que tanto trabajo les había costado, pues sería aplastado sin compasión.

Al decir del señor Casares, él trabajó mucho por traer la República, puesto que dice «nos ha costado». Pero he aquí que se hace muy difícil creer en esos inmensos sacrificios que dice haber padecido el Sr. Quiroga, pues en Jaca,—según Sediles—no hubieron tales sacrificios por parte del Sr. Casares. Antes al contrario, se lo pasó muy cómodamente. Fue enviado como emisario a aquella ciudad, y, considerando quizás que su misión no tenía importancia alguna, (y en realidad no la tenía, pues se trataba simplemente de comunicar a Galán y sus compañeros si trataban o no de sublevarse conforme habían anunciado), pasó de largo por el lugar en donde se reunían Galán y sus compañeros, situado a la entrada de la ciudad, y fué a hospedarse a un hotel que estaba al otro extremo de la misma, donde se acostó a descansar tan tranquilo como si hubiera caído allí por casualidad.

Pero dejemos esta cuestión de conducta ya que no serán muchos los que crean en esos sacrificios insólitos por parte del ministro de la gobernación (y menos él), y vayamos a lo realmente interesante, por lo menos para mí.

Dice el Sr. Casares Quiroga que será aplastado todo el que intente un gesto contra la República. Yo creo que lo menos que preocupa al Sr. Casares es la vida de la República. Lo que a él le preocupa grandemente (y no solo a él) es su República.

El Sr. Casares Quiroga habrá laborado mucho por el advenimiento de la República, pero eso no le dá derecho a aplastar, por la razón de la fuerza, a cualquier otro ciudadano, porque no comparte sus opiniones. Si ayer fué perseguido por combatir a un régimen que creía injusto, inhumano, despótico, (si es que lo combatía por esto, que no lo creo), y hoy emplea los mismos medios de represión contra los que combatie-

ron a aquel y combaten a éste, por creer que ambos son igualmente injustos y despóticos, ¿no está el ministro de la Gobernación en un caso absolutamente igual que aquellos por él combatidos? Creo que sí. Mas, esta conducta en el Sr. Casares Quiroga, no es extraña; como tampoco lo fué en el señor Maura ni lo será en los que sucedan al Sr. Casares. Alguien ha dicho que todos los gobiernos han de ser forzosamente conservadores, pues todos procuran conservarse en el Poder. Atendiendo, pues, a esta verdad, no nos sorprenderán ninguna de las amenazas que un gobierno, o lo que es lo mismo uno de sus ministros, ponga en práctica; ni de que use de todos los medios a su alcance y sean cuales fueren estos medios, para desembarazarse, so pretexto de mantener el orden, de todo aquel que consideren su enemigo. Ahora, que el señor Casares Quiroga invoque sus grandes sacrificios por el advenimiento de la República, como una razón más que justifique su conducta (digna de él, sin duda), con los trabajadores españoles, y especialmente con algunos de estos trabajadores, ya es mucha pretensión del Sr. Casares. Por lo demás, creo que el Sr. Ministro de la Gobernación cumple a las mil maravillas su cometido; ni más ni menos que como lo haría otro. En fin, creo que no hay nada más lógico que el cabalgador frene cuanto pueda su cabalgadura si su deseo es que ésta avance lo más despacio posible o que no avance nada.

LAEROL.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO,
5 MARZO 1932

Acción Nacional

Falsos conceptos sobre el Amor Libre

Alguien ha dicho que antes se descubre a un mentiroso que se alcanza a un cofre. Y hay que reconocer que quien esto dijo no se equivocó. La prueba la tenemos en el manifiesto de Acción Nacional. Empezaba diciendo que no es un partido político, lo que no impide que más abajo se le escape la verdad, cuando dice que reunirá los esfuerzos de cuantos coinciden en la afirmación de sus ideales, y los llevará «en apretada haza a las urnas electorales». ¿Véis como es verdad lo que reza el proverbio?

Pero no es mi intención hacer una crítica del programa de Acción Nacional. Esta empresa la dejo para quien pueda con más conocimiento y personalidad política que yo, refutar eficazmente los principios de este nuevo partido. Sin embargo, quiero decir a los señores (respetuosamente) de la muerte Conjunción, etc., etc., que surta muy bonito efecto ese contraste de títulos, sobre todo por la sencillez y brevedad del nuevo, y lo enfático, interminable y enciclopédico del antiguo. Este tan breve: Acción Nacional; aquél, tan infinito: Conjunción, Independiente, Democrática... bueno; que sería necesario tener mucha memoria para recordar todos sus calificativos.

Dejo, pues, como he dicho, que otro más competente comente de lleno al simpático manifiesto y voy a mi propósito.

Habla el consabido manifiesto de las veleidades del amor libre. Yo, quizá, no sepa lo que es el amor libre, pero dado que los que hablan de sus veleidades sepan lo que dicen. Colocan la familia frente al amor libre como dos cosas antagónicas, completamente opuestas, imposible de concebirse la coexistencia de ambas. ¿Pero es que el amor libre está reñido con la familia? Esto es tanto como decir que el amor está reñido consigo mismo. ¡El Amor Libre! (Así con mayúscula). ¿Puede concebirse algo más natural, más lógico, que el que dos personas, que se aman desinteresadamente, noblemente, fraternalmente, (pues si no no sería Amor), vivan unidos por ese amor? ¿Es que se necesita la intervención ridícula siempre, de un cura o un juez, para que estos amantes, para que estos enamorados, se amen toda la vida? El matrimonio—ha dicho Vargas Vila—es la tumba del amor. Quizás estas palabras encierren mucha verdad.

Puesto que nada une tanto a las almas como el amor, ¿a qué ese matrimonio, a qué ese contrato? ¿Hase llegado a

decir que el matrimonio es sagrado. ¡Sagrado! ¿Es que puede ser sagrado el matrimonio creado por los hombres para «legalizar» y santificar el Amor, que es lo más grande, lo más sublime, lo más bello y lo más bueno de la vida; el Amor, lo único que redime y dignifica a los humanos; lo único sublime, sagrado y santo de la vida? No. El Amor—ha dicho Santibáñez—es libre. No hay que esconder lo más bueno y lo más bello de la vida. El que cree en la necesidad de formalizar la unión, ya realizada por el amor de dos personas, es porque teme que la llama de su amor se extinga algún día. El amor es lo único que tiene el poder de sublimar las almas; y quien siente el amor, el verdadero amor, el único amor; ése que no se detiene ante prejuicios ni posiciones sociales; ése que no tiene en cuenta para nada la moral burguesa, las costumbres, las relaciones sociales y el «que dirán», el que siente este amor, repito, rechazará por estúpidos y hasta por inmorales (no os asustéis, moralistas burgueses), esa clase de contratos creados por una sociedad que quiere moralizar el amor, lo más moral del mundo, siendo, como es ella, madre de todas las inmoralidades conocidas. Los seres verdaderamente morales—dice Han Ryner—adoptan todos los mismos ademanes, y, sobre todo, se abstienen todos de los mismos actos. Todo ser moral respeta la vida de los demás hombres; ningún ser moral se preocupa por ganar riquezas inútiles y obtener cosas indiferentes.

¿Hacen algo de esto nuestros moralistas? Como no sea preparar alguna guerra entre hermanos... ¿Pueden los moralistas burgueses hablar de moral: si aceptamos estos principios del gran humanista francés? Quizás haya quien diga que sí.

Pero entendámonos. Los defensores del matrimonio, los paladines de esa moral absurda que considera a la mujer casada como una cosa más, propiedad de su conyuge, y no como una compañera de su vida, con plena libertad, dueña de su voluntad, con razón y capacidad suficientes para obrar conforme le dicte su conciencia y su experiencia, y con idéntica libertad que su compañero, llaman amor al capricho de algunos días...

Dice Voltaire: Hay tantas clases de amor que no sabemos a cual de ellas hacer referencia para definirlo. Se llama falsamente amor al capricho de algunos días, a una relación ligera, a un sentimiento al que no acompaña el aprecio, a una costumbre fría, a una fantasía novelesca, a un gusto al que sigue un rápido disgusto; en una palabra, se da ese nombre a una multitud de quimeras. Nada de esto es amor.

Amor es esto: «¡Oh, encan-

to del amor! ¿Quién podría plantarlo?»

«Este convencimiento de que hemos encontrado el ser que la Naturaleza nos había designado—ha dicho Constant—esa claridad que súbitamente se hace en nuestra vida, y que parece explicarnos el misterio, ese valor desconocido que comparemos a las ignotas circunstancias, esas horas rápidas en las que se escapan al recuerdo por su misma dulzura, y que sólo dejan en nuestra alma una larga estela de felicidad, esa alegría alocada que, a veces, se confunde sin causa alguna con un enternecimiento habitual, tanto placer en su presencia y tanta esperanza en su ausencia, este desentenderse de todas las preocupaciones vulgares, esta superioridad sobre cuanto nos rodea, esta certeza de que nunca más se podrá arrancar del mundo en que vivimos, esa mútua comprensión que se anida a cada pensamiento, y que responde a cada emoción; ¡oh, encanto del amor! ¿Quién lo siente, no sabrá describirlo!»

LAEROLP.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO
14 de Mayo 1932.

DRAMAS DE LA MISERIA

INVIERNO

Dos casas. Mejor dicho, una casa. He rectificado y, creo que vosotros encontraréis bien esta rectificación.

Veamos: Suponed unos muros casi ocultos bajo un risco, como huyendo a los ojos del viandante, cual si se avergonzase de su presencia. Una puerta, sobre la cual las caricias destructoras del tiempo han dejado su huella. Y por la cual jamás ha penetrado un rayo de sol. A su alrededor, desolación y angustia; en su interior, miseria y frío. Frío en los muros y frío en las almas...

¡Ah, el invierno! Los desgraciados lo reciben con desesperación, con rabia. Es la estación bendita para las plantas silvestres; es la estación maldita para los pobres sin pan. ¡Hasta las plantas son entonces más dichosas, más felices que los pobres!... Las hormigas habránse aprovisionado en el Otoño, y ya en el Invierno, tendrán en sus viviendas lo necesario para subsistir mientras duren los fríos; los pobres no sólo no tuvieron lo necesario en el Otoño; no tendrán siquiera lo indispensable en el Invierno...

En aquella miserable vivienda de paredes grises, de ese gris melancólico y sucio que las lluvias y el tiempo ponen en los muros solitarios, vivía, si aquello llamaban vivir, una familia: Un hombre, su compañera y sus hijos. Había trabajado en el Otoño. Muy poco, es cierto; pero no les faltó, gracias a Dios (decía su compañera), lo puramente indispensable para escapando.⁽¹⁾ Pero llegó el Invierno, y la Naturaleza, por culpa de los bandidos de la ciudad, se convierte en enemiga de aquel hombre. El frío se apodera cruelmente de los débiles cuerpos de sus hijos; el hambre, su colaboradora, obedece al llamamiento de su otra compañera inseparable: la muerte. La angustia se hizo dueña de aquellos seres que habían unido su vida y su alma. El hambre, el frío y la muerte fueron sus huéspedes un día y otro. El llanto se secó en los ojos de aquellos desgraciados. Ya no lloraban; maldecían. Aquella madre que antes decía: «gracias a Dios», exclamaba: «¡maldito Dios, dónde está

tu bondad?» Y aquel compañero de su vida, sintiendo el dardo del remordimiento rasgando su corazón: ¡Invierno, decía, maldito seas! El desgraciado maldecía al Invierno como si fuese su verdadero enemigo; y allá, en la ciudad, al calor de la calefacción, unos señores, (que unos llamarán más «afortunados» y otros «criminales») se divertían viendo caer la nieve a través de los cristales...

La otra casa. Esta, si podemos llamarla casa con propiedad. Se encontraba situada relativamente cerca de la anterior. Solitaria, grandes balcones, hermosos ventanales. Damasco, luz; muchísima luz. Un palacio de invierno.

Aquella noche, como otras muchas, velanse venir muchísimos automóviles hacia el palacio de los... no recuerdo como se llamaban sus dueños, pero sí pertenecían a la clase de bandoleros que hemos dicho antes.

¡Había fiesta! ¡Cómo gozaban aquellas gentes en el Invierno...! ¡Qué confortable la estancia allí, en aquel hermoso palacio...! ¡Abundancia, alegría...! Hipocresía, mentira, farsa y amigos fingidos... también. Pero esto no se toma en cuenta. Es natural en las esferas sociales...

Comienza la música. A través de los damascos se ven pasar suavemente, cadenciosamente, las parejas... Ha empezado el baile. Se oyen gritos; gritos de alegría, claro está. «¡Viva la felicidad!», ha gritado alguien. «¡Viva la vida!», gritó otro. «¡Viva la alegría!», gritó un tercero. Y los tres gritos fueron acogidos con júbilo.

Casi al unísono, el hombre aquel que la desgracia había lanzado en los brazos de la desesperación, murmuraba entre dientes: «¡Maldita sea la vida!»

Ya termina la fiesta. Los automóviles con sus potentes faros, desvanecen por un momento las tenebrosas sombras de la noche presentando un espectáculo fantástico. Avanzan rápidamente como si huyesen de algo. Al doblar una curva, la luz de sus faros, penetrando por las puertas, iluminan fugazmente el cadáver de un niño de aquella pobre familia... Los gritos se suceden, se repiten.

«¡Viva la vida!», se grita en los autos. «¡Maldita vida!», suspiran los desgraciados en la miserable vivienda.

«¡Viva el Invierno que nos proporciona alegrías!», exclaman los ricos. «¡Maldito Invierno que nos trae la muerte!», murmuran los pobres...

LAEROLF.

(1) Decimos «escapando» cuando hablamos de la vida. Esta palabra, a mi juicio, es una frase de condenación al régimen capitalista. Al decir «escapando» considerábamos la vida como una batalla en la que hay que luchar como en las guerras, procurando siempre aplastar antes que ser aplastados. Esta palabra es un unatema a la sociedad.

FLOREAL RODRÍGUEZ

ESPARTACO.
4 Junio 1932.

CONCEPTOS.

Los que no tienen derecho a criticar

Frecuentemente, y con un cinismo que hiela, los periódicos burgueses, los pagados por la burguesía y los que aspiran a serlo, critican con rudeza la conducta de los trabajadores, sus vicios y hasta sus diversiones más simples.

Que los trabajadores—muchos—adolecen de esos defectos que la burguesía les censura, hemos de reconocerlo con toda franqueza, ya que en realidad es así; pero ese derecho a censurarlos, ese derecho a juzgar nuestros actos es muy nuestro. Los lacayos de la burguesía, esos profesionales del cinismo, no tienen derecho, ni por sí propios ni por la clase que les paga, para criticarnos: Ellos, porque el hombre que ha vendido su conciencia, que no ha tenido valor ni dignidad para vivir por su esfuerzo, ha dejado de ser hombre y no es digno sino de mucho desprecio, o de mucha compasión; la clase a quien sirven, porque ha sido la que ha creado las causas que han producido estos efectos que ahora censuran.

Una clase dominante y explotadora que sólo ha procurado que otra clase dominada y explotada viva en la ignorancia y la miseria, verdaderas causas generadoras del crimen, porque ellas envuelven a los hombres en el vicio, embruteciéndolos y degenerándolos, ¿con qué derecho critican las consecuencias lógicas que de ese estado de cosas creado por ella, puedan derivarse? ¿Qué razón puede alegar en su defensa? ¿De qué argumentos puede hacer uso para combatirlos? Podrán tener muchos, quizás los tengan; si así fuere, desearíamos conocerlos. Decidnoslo cualquiera de vosotros, periódicos de la localidad. Si existen estos argumentos, cualquiera de vosotros puede contestarnos; pues creo que vuestra misión es una, aunque parezca que uno de vosotros es antagonico con los otros dos. Vuestra discrepancia, en realidad, es superficial: en el fondo, en lo verdaderamente esencial, me parece que marcháis muy unidos. ¡Y ya sería suerte equivocarme!

Muchas veces, en conversaciones acerca de los trabajadores, de su conducta en el trabajo, y de su mala fe en la ejecución de éste, he visto que casi todos censuran esta conducta, sin atender paro nada, sin estudiar apenas, la psicología del individuo, del trabajador. Y es

así cómo, no viendo en el trabajador más que el hombre de hoy y no al niño de ayer, al joven contrariado en todas sus aspiraciones, al joven privado de una vida adecuada a sus necesidades psicológicas, sin poder iniciarse en el sentido en que sus facultades naturales lo empujan; desilusionado, en fin, por la vida, lanzan al trabajador las más duras e injustas censuras.

Considerad al trabajador como al efecto de malas causas creadas por sus censores, y no os sorprenderéis de su conducta; pues es lógico que de malas causas, surjan iguales efectos.

Cuando los trabajadores tengan desde su infancia una educación racional y humana; cuando sean completamente libres para desarrollar su personalidad orientada en un sentido de justicia y humanidad, entonces podréis censurarlos, y entonces tendréis perfectísimo derecho a corregir sus defectos; pero hoy que están privados de diversiones saludables, o que por ignorancia no han comprendido las ventajas de tales diversiones, hoy, ese derecho es vuestro, exclusivamente nuestro, es decir, de los trabajadores mismos. Vosotros en este caso, debéis tener, cuando menos, la dignidad de callaros, ya que habéis sido generadores de estos males; pues es demasiado cinismo pretender erigirlos en juez de un delincuente a quien vosotros mismos, torpemente habéis empujado al delito.

Quedamos, pues, en que el derecho de criticarnos nos pertenece a nosotros mismos. Se ha dicho, y yo lo creo, que la censura cuando es leal y lleva un fin noble, que es como debiera ser, es saludable y beneficiosa. Aceptando este concepto de la censura, sería muy probable que muchos se preguntasen: ¿Por qué negáis a la burguesía el derecho de censurarlos? Porque la censura en manos de la burguesía es, en todos los aspectos, es un arma defensiva-ofensiva; es, pudiéramos decir, su autodefensa—les contestaríamos nosotros—. En cambio, nosotros, los que hemos huido de los vicios, los que procuramos hacernos más perfectos y mejores cada día, censuramos a nuestros hermanos de clase con la esperanza de hacerles comprender que están equivocados, que el vicio corrompe, degenera y embrutece; que se aparten de él, que eso que ellos creen verdaderas diversiones, no lo son, en realidad. Que las alegrías no las encontramos cuando las buscamos, sino que son manifestaciones del alma, que brotan espontáneamente. La prueba está en que unas veces, sin saber por

qué, y otras, sin aceriarnos a comprender los motivos, nos sentimos alegres, optimistas, decididos; y nos parece que en esos momentos, estaríamos dispuestos a ser muy buenos con todo el mundo. Nosotros queremos que nuestros hermanos de clase lleguen a convenirse de que las verdaderas alegrías son aquellas que delan una estela en el alma; son aquellas que nos hacen concebir esperanzas en un futuro más dichoso, llenándonos de optimismo.

Esta nobleza de sentimientos, esta nobleza de propósitos, nos dá derechos a los trabajadores a censurarlos a sí mismos; a vosotros, como os guían propósitos aviesos, innobles; como no tenéis razón ni derecho para criticarnos, como carecéis de fuerza moral para ello, a vosotros, digo, no os incumba esta misión. Es muy nuestra.

A vosotros sólo os interesa en esta cuestión, ser un poco más discretos; y tener, cuando menos, un poco más de dignidad y un poco menos de cinismo.

LAEROLF.

(Floreal Rodríguez)

ESPARTACO,

Nº 99, 16 Julio 1932

CON MOTIVO DE UN ARTICULO

Unas opiniones

En el número 103 de este semanario, correspondiente al día 13 de este mes, aparece un artículo que firma Manuel González y que lleva por título «Armas políticas». El agradecimiento. Dicho artículo ha sido inspirado, según parece, por las hojas que, con motivo de la llegada del Sr. Pérez Díaz, dieron a la publicidad los representantes de ciertos organismos públicos; en las cuales se recomendaba, insistentemente, que el pueblo, como un sólo individuo, fuese a recibir en la mañana del próximo lunes, al diputado Sr. Pérez Díaz; llegando hasta decir una de dichas hojas, «que el que no es agradecido, no es bien nacido». Es decir, que el que en la mañana del lunes no fuese al muelle, no podía ser sino un mal nacido. Sin duda, el Sr. que firmaba la hoja que tal decía, es muy amante de los proverbios, y claro, su predilección por ellos, hizo que estampase este en una hoja que había de lanzarse a los habitantes de un pueblo, a reparar en que, ya que el hombre no debe mirar el bien que hace sino el que recibe, el agradecimiento es propio de almas desinteresadas y nobles; y siendo esto así, el no ser agradecido no quiere decir que sea mal nacido, como dice la hoja y recalca el compañero Manuel González; el ser desagradecido sólo constituye una desgracia, y una desgracia que no es precisamente el firmante de la referida hoja quien desconoce sus causas, o, por lo menos, no debiera desconocerlas, ya que son de orden psicológico.

En su artículo, el compañero González vierte conceptos con los cuales estoy conforme en su totalidad, tanto, que yo aquí no hago más que repetirlos. Creo, sin embargo, que debió haber tratado más ampliamente algunos puntos, los cuales sólo se limitó a exponer brevemente. Lamento que el compañero Manuel González no haya advertido (que esto habrá sido seguramente) la conveniencia de extenderse un poco más en ciertos aspectos. Pero, puesto que no lo hizo, el compañero González sabrá disculpar que yo, menos hábil que él, trate de hacerlo; y yo, a mi vez, le perdonaré que, por negligencia suya, me vea en la necesidad de completar este atrevimiento.

Me parece a mí que un régimen de justicia—como algún periódico ha dicho—no debe conceder nada por la mayor o menor influencia de un individuo, puesto que entonces no sería un régimen justo sino un régimen de privilegios. Un régimen justo es aquel que concede a una isla (por ejemplo) un muelle, una carretera o lo que sea, porque, después de haber estudiado los problemas de cada isla o región, ha reconocido

la imperiosa necesidad de proveer de determinadas obras a esta o a esta otra isla; a esta o a esta otra región. Pero si lejos de ser así, el Gobierno, por la mayor influencia de un individuo, concede cuatro para aquí (las cuales son necesarias; no ya cuatro sino ocho) y cero para allá, porque el otro no tiene influencia, que parece ser la razón más poderosa, este gobierno obrará con justicia, este régimen será muy justo—hablamos de justicia en este aspecto, que en otro, habría mucho que decir—pero en todo caso estas serían injusticias de la justicia. Y quien se aproveche de su influencia para obtener, lo que sea, de un gobierno que concede en virtud de esta influencia, sabiendo que así prolonga la existencia de injusticias, yo no le agradecería nada.

Decía una de las hojas que nadie como el Sr. Pérez Díaz puede laborar con más eficacia en lo que respecta a conseguir mejoras para la isla. Esto creo que no haya quien lo niegue, puesto que es innegable. Pero, acaso, esto niega lo que decimos? Todo lo contrario: lo afirma. ¿Os parecería bien que no teniendo el Sr. Pérez Díaz la influencia que acerca de algunos ministros se afirma tiene, las mejoras que él ha solicitado no se le hubiesen concedido? ¿Dejarían de ser igualmente justas sus peticiones? ¿Verdad que no?

Pero volvamos a recordar lo del agradecimiento. ¿Cree el señor Abreu y Creagh que un trabajador que piense así—que es como pensará todo trabajador que no sea patriótico y egoísta—tiene algo que agradecer? ¿Cree el Sr. Abreu que un trabajador consciente de lo que significa como individuo en la sociedad, tiene algo que agradecer a quien ha votado su deportación? Habrá advertido el Sr. Abreu que he dicho su deportación. Lo he dicho porque creo que la deportación a Bata de ciento y tantos trabajadores (que no criminales vulgares, como alguien ha dicho) no hay que mirarla como una represión consumada contra un grupo de hombres, sino contra una clase toda, que aspira a vivir como por derecho natural le pertenece, y, por tanto, todos sus miembros han de sentirse heridos en su dignidad; y los que han votado la deportación, repito, los trabajadores, si se dan cuenta de esto, si no son egoístas o localistas, si en fin, tienen un poco de conciencia de clase, de lo que son, no tienen nada, absolutamente nada, que agradecer a quien tan claramente ha demostrado ser su enemigo; y menos aún, a un Sr. como Pérez Trujillo y todos aquellos en quienes, como en él, depositaron su confianza los trabajadores españoles.

Compañero Manuel González: te perdono que me hayas obligado a pasar por atrevido.

Floreal Rodríguez.

ESPARTACO
20 Agosto 1932.

Rusia y sus enemigos

Un consejo

Casi puede asegurarse, sin temor a errar, que los periódicos burgueses no hacen hoy una sola edición en la cual, sistemáticamente, no combatan a Rusia.

Desde luego, este afán de desacreditar el régimen ruso, no nos debe sorprender, pues ello es lo más natural del mundo. Están en su papel: le niegan beligerancia al enemigo, para dar la impresión de que éste jamás podrá triunfar en la contienda.

Aparentemente, éste es un truco de gran eficacia; pero en realidad, carece por completo de ella. Y es que los trucos aún cuando estén muy bien combinados, son trucos al fin. Y aquí tenemos ya el tema.

En este aspecto, el capitalismo es un niño. Dice no temer al «coco», pero no obstante, (como los niños), lo están nombrando desde que se levanta hasta que vuelve a costarse, y, en cuanto se duerme, sueña con él. Pero eso sí; él, no le teme al «coco». ¡Qué va!

De esta manera, tan inocentemente, es como la prensa capitalista se conduce respecto a Rusia. Señala diariamente fracasos de los soviets; se desespera de dolor pensando en el hambre que se pasa en aquel país; denuncia que esta o esta empresa en que los soviets habían puesto todas sus esperanzas de triunfo, ha fracasado catastróficamente. Pero todo esto no impide que alguna que otra vez, los imiten en algo...

¡Qué manera más estúpida de combatir!

Con franqueza, amigos: ¿Vosotros véis la discreción de estas gentes por alguna parte?

Pero, vamos a ver: Si Rusia, como vosotros decís, marcha velozmente hacia el caos, ¿qué os proponéis vosotros combatiéndola? ¿Es que acaso creéis que vuestra táctica es ventajosa? ¿O es que, por ventura, os proponéis señalarles sus yerros para que los corrijan y no se

precipiten (como es vuestro deseo) hacia ese «caos» que vosotros estáis viendo hacia en el plato de la sopa?

Porque, si Rusia—vosotros lo decís—va hacia el fracaso, vuestra misión (me parece a mí; permitidme el consejo) en este caso, es acelerar su marcha. ¿Qué allí se ha emprendido una obra de la cual vosotros prevéis el fracaso? Pues escribid vosotros: «En la U. R. S. S. se han comenzado tales trabajos encaminados a obtener tales fines. Nadie, absolutamente nadie, puede dudar de que este será un triunfo más que los soviets habrán de apuntarse».

¿Véis? Esta sería una táctica discreta y productiva, bobitos; pero si en lugar de esto le vais a decir: «En la U. R. S. S. se han principiado tales trabajos. Es indudable que esto será un nuevo fracaso de los Soviets, etc., etc., ellos, allá, pueden darse cuenta de que vosotros estáis en lo cierto, y entonces os pasará como a los enamorados, que cuando quieren odiar, sólo consiguen en a morarse más. Y os ocurrirá que, esgrimiendo un arma que creáis defensiva, sólo habéis conseguido mataros con ella misma. Ya os he dicho cuál debe ser vuestra táctica de lucha. Es un consejo de amigo que debéis tener en cuenta. ¿Que Rusia está en la pendiente? Pues decid vosotros que se encuentra en el llano, para que confiadamente ruede cuando menos lo espere. Si no lo hacéis así, la gente, dada la insistencia en señalar sus errores, supondrá que vosotros sois enemigos de Rusia, y que la combatís, porque va hacia adelante contra vuestros deseos. ¿Y entonces, qué habéis conseguido con esto? Pues que al calor de vuestra pasión nazcan defensores de Rusia, que, a la vez, serán enemigos vuestros.

Conque, amiguitos, táctica, sobre todo, mucha táctica... Y un poco de discreción, ¡eh!...

¡Ay, mi Dios! ¡Cómo hay quien le guste hacer tanto el ridículo!

LAEROLF

FLOREAL RODRÍGUEZ.
ESPARTACO
10 Enero 1932

DEL FALSO PACIFISMO

"PAZ Y PAZ"

En la Sección que «Estudios» dedica a la publicación de artículos contra la guerra, ha aparecido en el número de Julio, uno de G. Cimbali, cuyo título es el mismo que encabeza estas líneas. G. Cimbali establece dos clases de pacifismo: «pacifismo empírico» y «pacifismo científico». Afirma que es necesario elevar el movimiento pacifista «del empirismo a la ciencia», y «distingue entre paz y paz».

Como se ve, el citado autor deslinda claramente los dos campos pacifistas: el de ficticio pacifismo de los escritores y demás «pacifistas» al servicio del capitalismo, y el de los auténticos pacifistas, que son, entendemos nosotros, todos aquellos que luchan por aplastar el régimen capitalista y establecer un nuevo orden de cosas, un sistema social en el cual no sean posibles las guerras.

«Hay—escribe Cimbali—la paz superficial, epidérmica, que sólo implica suspensión de guerra, y, por lo tanto, tregua. Esta paz supone que nada debe cambiar en la constitución social, que los elementos continúen en disolución, que no sobrevenga la armonía, que las causas de conflicto no se eliminen, que el peligro de explosión de los odios nacionales estén siempre en pie y amenazante».

No puede estar más claro. Cimbali niega rotundamente—y nosotros con él—la eficacia del falso pacifismo que pretende traer la paz al mundo capitalista. Esta paz de los que al propio tiempo defienden el sistema capitalista dicen desear la paz y luchar por ella, en el fondo—afirma Cimbali—significa preparación para la guerra, y, como quiera que sea, paz armada».

No ya sus artículos, sino las palabras que del gran escritor G. Cimbali quedan transcritas, demuestran de una manera irrefutable, que la paz que nos quieren dar los mentirosos pacifistas al servicio del capitalismo, es una paz ficticia, «armada hasta los dientes». Y no es que fuera necesario el artículo de referencia para establecer la división que Cimbali hace entre el pacifismo empírico y pacifismo científico, pues ya de sobra es sabido que todas las conferencias de la paz y del desarme sólo han servido para captar la atención de los pueblos y hacerles creer que verdaderamente se están ocupando de traer la paz al planeta, consiguiendo, de esta suerte, disuadir a los pueblos, y, particularmente a las masas trabajadoras, del verdadero y único camino que existe para obtener la deseada paz: la preparación de la Revolución, que acabará con el sistema capitalista, único causante de las guerras; pues como ha dicho Rodolfo Rocker, «mientras exista el sistema capitalista se tuvo y se tiene que contar con el peligro constante de una guerra».

Los trabajadores debemos tener muy en cuenta la diferencia establecida por Cimbali entre paz y paz; o lo que es igual, entre pacifismo y pacifismo. Dice este autor, que la paz que nosotros debemos querer, «no consiste en la cesación temporal de la guerra, sino en una victoria definitiva sobre la guerra, que es expresión del cambio consecutivo de la sociedad internacional». Según esto, no podemos creer en ese pacifismo amañado, mentiroso, falso de los pacifistas burgueses; pacifismo empírico, estéril, puesto que quienes lo propagan y pretenden hacernos creer en él, lejos de denunciar como único culpable de todas las guerras y miserias humanas al sistema capitalista, intentan desviar la acción pacifista por caminos que jamás nos conducirán al fin y si a periódicas e inevitables matanzas que el capitalismo, que esos pacifistas mentirosos, intentan salvar al mismo tiempo que nos habían clínicamente de pacifismo, prepararia, a fin de salir, momentáneamente, de sus profundas e inevitables contradicciones, que existirán, agudizándose, cada instante, mientras el propio sistema capitalista exista. No; no creemos en este pacifismo ni en sus propagandistas. Si fueran sinceramente amantes de la paz; si sintiesen repugnancia hacia la guerra; si estos hombres, que quizá no amen la guerra pero que ante las contradicciones de su sistema capitalista ven en ella un medio para salir del paso y a él acuden, si estos hombres, digo, fueran verdaderos e irreductibles enemigos de la guerra, y haciendo honor a su carácter pacifista luchasen por exterminar todo lo que hace posible las guerras, entonces, señores de «izquierda» que defendéis y decís creer en la eficacia del pacifismo de estos «loros», los «extremistas» que combaten y descubren a esos falsos pacifistas, serían los primeros en defenderlos, porque son humanos y no «extremistas».

El pacifismo que Cimbali denomina «científico» y que constituye el único pacifismo verdadero, la única acción realmente anti-guerrera, es el que señala al sistema capitalista como única causa, como único generador de todas las guerras, miserias y dolores que padece la Humanidad. No hay, fuera de esta, manera alguna de acabar para siempre con las guerras, de alejar definitivamente este fantasma; y es esta, precisamente, la que los falsos pacifistas rechazan.

Los trabajadores, en este caso, ¿qué debemos hacer? A mi juicio, la labor anti-guerrera y humana más eficaz que puede realizarse, consiste, precisamente, en la preparación y organización de la batalla que acabe con el reinado capitalista. Preparar, como he dicho más arriba, la Revolución. Pues siendo cierto que mientras exista el sistema capitalista nos amenazará constantemente el peligro de una guerra, la única misión a cumplir por las, es aunarnos al ejército que ha de vencer para siempre al capitalismo. Y nunca mejor que ahora se puede decir, con Lenin, que el que no está con nosotros es nuestro enemigo. Quien no lucha en este terreno puede que odie la guerra, pero es tanto co-

mo odiar a una fiera y dejarnos comer de ella sin hacer resistencia alguna.

Conviene, antes de terminar, decir algo acerca de la guerra que se prepara. He creído, y creo, que si la guerra no la padecemos en estos momentos no es, desde luego, porque el imperalismo internacional no la desea ardientemente, sino, muy al contrario, porque la teme. Sabe que el proletariado del mundo entero está dispuesto a responder a este nuevo crimen que se prepara de manera decidida y enérgica, teme que una nueva guerra ponga fin para siempre a su dominación y esto le hace retroceder y le detiene en sus propósitos. Estas son las únicas causas por las cuales en estos instantes no están «ensañándose mutuamente los obreros de varias naciones en beneficio exclusivo de su único enemigo, que no está, precisamente, del otro lado de la trinchera, y que es común tanto a ellos como aquellos hermanos que se arrastran en la trinchera de enfrente y que los suponen enemigos.

Esta es la verdad. La guerra próxima no es un fantasma que aparece en la imaginación de los «extremistas», como alguien, estúpidamente afirma; la guerra es una realidad que sólo no ven aquellos que de propio intento cierran los ojos. Si algún señor, presumiendo de sensato, (alguien ha dicho que la sensatez es la virtud de los imbéciles), o dice que la guerra no puede producirse, decidle que es un ignorante, un imbécil o un canalla que niega la existencia del peligro, en lugar de advertirnos de él.

L.AEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO

5 Agosto 1933

Para los compañeros anarquistas

La Agrupación Anarquista de La Palma ha repartido profusamente una hoja conteniendo dos artículos: uno reproducido del diario anarquista «Solidaridad Obrera», y otro del semanario también anarquista «En Marcha», órgano de la Federación Obrera de Tenerife y portavoz de la C. N. T.; este último firmado por las Juventudes Libertarias de La Laguna y dedicado a los jóvenes, trabajadores y mujeres.

El artículo copiado de «Solidaridad Obrera» y que lleva por título: «Maniobras comunistas.—Frente Único», ya lo conocíamos. No dice ni más ni menos que lo que ya han dicho todos los jefes anarquistas sobre el frente único. En «Solidaridad» mismo hemos leído muchos artículos combatiendo el frente único de los trabajadores, y burlándose, de una manera propia de agentes despreciables, de éste.

Todas las razones que alegan los anarquistas para combatir el frente único, pueden resumirse de esta forma: No queremos el frente único porque éste es una maniobra de los comunistas «para enrolar el proletariado organizado bajo la dirección del Gobierno ruso». «Frente único al servicio del Estado bolchevista para defender «la patria del proletariado», contra la «guerra imperialista», por la dictadura del Partido Comunista». A esto se reducen las razones de los anarquistas para combatir el frente único de los trabajadores. Cuando se dice que Rusia no representa peligro ninguno para el capitalismo, no es extraño que se diga también que los trabajadores no deben estar alerta para defender a la U.R.S.S. de los ataques del capitalismo internacional y de la intervención anticomunista que se prepara. Por esto pasamos a comentar el manifiesto de las Juventudes Libertarias de La Laguna, publicado, como hemos dicho, en «En Marcha». Y divulgado por la Agrupación Anarquista de esta ciudad.

Como todos los escritos anarquistas, habla de Rusia. Dice que todos los gobiernos son iguales, desde los monárquicos a los comunistas. Pero, como siempre, sin demostrarnos nada.

«Trabajadores, mujeres: ¡No voteis! Nuestra emancipación la hallaremos únicamente en el Comunismo libertario». Esto es

todo lo que dicen en su manifiesto las Juventudes Libertarias de La Laguna. Lo que no nos dicen, lo que no dicen nunca, es cómo hay que luchar para llegar a conseguir esa sociedad libertaria.

Los anarquistas confunden lamentablemente—aunque ello no se presta a confusiones—a los comunistas con los demás políticos. Pero nos confunden porque quieren.

El Partido Comunista—y con él todos los comunistas—dice claramente que en el Parlamento burgués no se hace la Revolución. El P. C. aprovecha las elecciones y el Parlamento como un arma revolucionaria. «Para los comunistas las elecciones no son más que un «barómetro del grado de madurez de la clase obrera» (Engels). El Partido Comunista considera que la lucha electoral es una lucha esencialmente de clase, y como partido revolucionario de la clase obrera, lucha activamente en este aspecto de la Revolución.

No puede, pues, calificarse a los comunistas de políticos confundiendo los comunistas con los políticos burgueses. No son iguales los diputados burgueses, que van al Parlamento a colaborar en el apuntalamiento del régimen capitalista, a los diputados comunistas, que van a hacer todo lo contrario: A utilizar la tribuna parlamentaria para desenmascarar una por una cada frase demagógica y cada traición de los parlamentarios burgueses y contrarrevolucionarios, descubriendo así ante las masas trabajadoras de la ciudad y el campo la verdadera naturaleza del Parlamento burgués y la confabulación de todos los diputados de los distintos partidos de la burguesía y seudorrevolucionarios para aplastar el movimiento revolucionario de los obreros y campesinos.

Los compañeros y amigos que integran la Agrupación Anarquista de esta ciudad piensan que al recomendar a los trabajadores que no voten prestan un gran servicio a la Revolución. Lo que no hacen los camaradas de la Agrupación Anarquista, es demostrar a los trabajadores los beneficios de la consigna: «No voteis». Y esto, compañeros, es lo que queremos los trabajadores. A demostrarlo, pues.

Laerolf.

FLOREAL RODRÍGUEZ. ESPARTACO. 11 Noviembre 1933

Comentarios de la semana

Con motivo del anunciado propósito del Gobierno de crear campos de concentración en Canarias, propósito que lleva camino de realizarse, toda la prensa burguesa del Archipiélago ha apresurado a manifestar su desagrado por tal disposición gubernativa. En este sentido ha brillado, por su perseverancia, la prensa de la capital de nuestra provincia. Por su parte, el Cabildo y Ayuntamiento de Tenerife, así como también otras entidades, han tomado sendos acuerdos conducentes a obtener que el Gobierno no persista en su determinación. Y toda la burguesía republicana ha ordenado a su representación parlamentaria póngase decididamente en camino a fin de que en Canarias no sean instalados los consabidos campos de concentración.

¿Cuáles son los motivos que la burguesía canaria alega en abono a su franca oposición a los propósitos del Gobierno de Lerroux Gil Robles?

A nadie se le ocurrirá pensar que estos motivos sean de índole sentimental; y si alguien, ingenuamente, ha llegado a suponerlo, no le faltará ocasión para convencerse de su error.

Los motivos que la burguesía canaria encuentra para oponerse a la creación de campos de concentración en nuestras islas son, sencillamente, los de que semejante medida perjudicaría grandemente a estas islas, ya que —dicen ellos— aumentarían el turismo que cada día visita en mayor número nuestro Archipiélago, y que, sin lugar a duda, constituye una estimable fuente de riqueza. Este es, entre otros de menos importancia, el motivo que ha empujado a la burguesía canaria a protestar de tal disposición gubernativa.

¿La existencia de estos campos de concentración, alejará, en realidad, el turismo de nuestras islas?

Es posible, aunque razones nos sobran para no creerlo así, ya que este procedimiento de los campos de concentración, calado del fascismo hitleriano, no tiene por que desagradar a los turistas, en su mayoría alemanes, y, probablemente, fascistas en su totalidad. Pero no es esto lo que nos interesa destacar, sino el agrado de la burguesía, tanto republicana como monárquica de Canarias, por la política semifascista—nos atreveríamos a decir absolutamente fascista—que realiza el actual Gobierno.

Consideramos inútil decir que los «vagos y maleantes» que serán concentrados en Canarias no son, ni mucho menos, tales

vagos y maleantes. Si esto fuese, poca o menos atención les dispensaría el Gobierno, pues esta clase de individuos carecen absolutamente de la dignidad proletaria que hace falta para preocupar seriamente a la burguesía y a sus gobiernos.

Con la creación de campos de concentración en Canarias y en otros lugares, el Gobierno se ha propuesto descongestionar un tanto las calles de las grandes capitales peninsulares de obreros parados, cuya aglomeración siempre, y mucho más ahora, representa un serio peligro para la burguesía y una amenaza constante de «subversión» del orden público.

Todo esto nos muestra bien a las claras que a la burguesía canaria le importa un pepino que el Gobierno reprima furiosamente el más insignificante movimiento de los trabajadores. Es decir, si le importa que no se haga así. Pero el que se instalen campos de concentración en Canarias le ha sacado de quicio. «Lo que necesitamos es dinero y obras —dice—; pero lo que es brazos, nos sobran». Y esto es lo que le quita el sueño: «los brazos nos sobran». Pero es el caso que en la Península también sobran y amenazan.

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO.

4 Julio 1934

ANTE EL ANUNCIO DE UNA PELÍCULA RUSA

Del Arte cinematográfico soviético

La empresa del «Circo de Marie» hace varios días anunció la próxima exhibición de la película soviética «El camino de la vida». Nada tiene de extraordinario que esta cinta rusa no la podamos admirar todavía durante muchas semanas o meses, pues es característica muy acusada de la referida empresa anunciar muchas películas famosas—aunque frecuentemente resulten sin valor social alguno—las cuales, ordinariamente, no aparecen y otras tampoco. Pero a parte de esta circunstancia, cuyas causas no conocemos, ni nos interesan, existen otras muchas dignas de tomarse en cuenta y que en nada dependen de la citada empresa.

El Arte revolucionario ruso no goza—lo que es muy lógico y garantiza su gran valor—de las simpatías del mundo capitalista. No goza siquiera de su indiferencia; ha gozado, desde su nacimiento, de las delicias de toda clase de persecuciones en la inmensa mayoría de los países capitalistas.

El argumento supremo de los gobiernos de los países capitalistas es el de que el cine soviético es un arte tendencioso. Por supuesto que esta tendencia del cine ruso no es, ni mucho menos, la de asegurar los privilegios de clase de la burguesía. «Se achaca al cine soviético como vicio lo que es su mayor virtud: el ser un arte tendencioso. El cine ruso es tendencioso porque su fin no es divertir y embriutecer, sino enseñar, o mejor, dejar que la vida misma, con su realismo palpitante, hable y enseñe. Y es tendencioso, sobre todo, porque tiene algo que decir, y algo por qué luchar. No es, naturalmente, el cine de los aburridos y de los satisfechos, hecho de convencionalismos adocenados y a base de falsos profesionales de la mentira. Es el cine de la vida y la verdad. Y lo que en él haya de tendencioso es lo que hay de tendencioso en la vida misma. En una vida que el cine soviético es, hasta hoy, el único que ha sabido llevar a la pantalla: la vida de las masas, la vida social».

He ahí, en una docena de líneas, la más completa y clara definición de lo que el cine soviético es, de lo que significa, de lo que destruye, de lo que construye, de lo que, en fin, representa para ambas clases sociales en pugna. «Lo que en él hay de tendencioso es lo que hay de tendencioso en la vida misma», y es esto, precisamente, lo que molesta a la burguesía internacional. ¿Qué le importa a la burguesía el cine ruso si éste no fuese tendencioso, si éste no fuese altamente realista, si éste no parangonasen la vida de los obreros de los países capitalistas con la de los de la Unión Soviética, si no fuese, en fin, un Arte profundamente revolucionario?

En el comentario a la genial escultura de Roger Bloche titulada «Hambre y Frio» («Estu-

dios», junio de 1932) leemos: «Si el arte supremo del escultor es dar expresión y vida a la piedra, no cabe duda que Roger Bloche ha sobrepasado esa finalidad con su obra maestra que aquí reproducimos». El arte cinematográfico soviético «tiene algo que decir y algo por qué luchar», y lucha y lo dice sin rodeos, sin hipocresías y con absoluta claridad. Es, pues, el verdadero arte, porque persigue y capta fielmente la realidad social, dándole en la pantalla expresión y vida.

En todas partes el arte tiene algo por qué luchar y algo que decir. Si los artistas de la época, en cualquier país, no tienen en cuenta, al hacer sus obras, para nada la realidad social contemporánea; si no sufren las inquietudes de su época, ni sienten arder su corazón en la hoguera de las injusticias y miserias reinantes, su arte, a nuestro entender, no puede llamarse tal, si es que el arte—Proudhon—es una representación idealista de la Naturaleza y de nosotros mismos en miras del perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie».

«La Moral, el bien, son lo bello y la verdad» (Carpio Carpio, «El destino social del Arte», pág. 16); y el Arte, para serlo, ha de ser bello, y para nosotros, sobre todo, bueno, noble, humano y, rebelde y profundamente moral, en el verdadero sentido de la palabra. «Sólo cuando un artista ha creado algo que puede ser universalmente amado por los hombres—dice Eorente—; sólo cuando una obra, penetrando profundamente en lo particular, expresa lo profundamente humano, sólo entonces puede decirse que el tesoro de belleza de la humanidad se ha aumentado con otra forma inmortal».

Hemos visto cómo el arte cinematográfico soviético tiene mucho más valor artístico y moral que el de los países capitalistas. Artístico, porque él es expresión fiel y acabada de la realidad social actual y de las condiciones inhumanas en que viven, trabajan y luchan los proletarios de los distintos países capitalistas; el propio tiempo—he aquí lo «tendencioso»—que les señala el camino que han de seguir para obtener su ansiada liberación del yugo capitalista, ofreciéndoles ejemplos tomados de la realidad rusa; moral, porque «la condición moral más elevada—Bebel—es sin duda aquella en que los hombres sean libres e iguales entre sí, y el principio más elevado de moral: «no hagas a otro lo que no quieras para ti», será, en virtud del estado social mismo, el principio que regulará, de una manera inviolable, las relaciones de la Humanidad».

Prente al inmenso valor social y moral del arte cinematográfico soviético, ¿qué arte nos ofrece el cine alemán, inglés, americano, francés, español, etc.?

América nos ofrece tan buenos artistas como malas pelícu-

las, salvo raras excepciones. Los asuntos sociales, como es natural, nunca son tratados de una manera justa. Y una película española se confecciona con dos toros, media docena de vírgenes, los curas y los monjes indispensables y una Soledad imprescindible cuyo papel principal es indefectiblemente llorar mucho de rodillas ante la virgen pidiendo consuelo para sus penas.

Será bueno acabar como comenzamos. La película rusa que la empresa del Circo anuncia —«El camino de la vida»—es una película dedicada casi exclusivamente a los niños y la primera o una de las primeras películas sonoras rusas. En España se ha observado una censura rigurosa con las películas rusas, por lo que ha sido imposible al proletariado español admirar las mejores cintas de la producción cinematográfica soviética y el arte de sus hermanos rusos, ya que los intérpretes de las películas rusas son los propios obreros y no artistas profesionales.

Por todo esto, repetimos, aun dudamos de ver aquí «El camino de la vida». Ojalá nos equivoquemos y que los trabajadores de La Palma tengan ocasión de admirar, por primera vez, una obra del cine ruso, «producto auténtico de la revolución».

Laerolf.

Nota.—Compuesto el anterior artículo nos hemos enterado de que la película «El Camino de la Vida», citada en el mismo, se anunció y se proyectó el jueves de esta semana.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO.

8 Noviembre 1934

TEMAS ETERNOS.

FRIO Y HAMBRE

Constante, diariamente, el telégrafo nos trae la noticia: Han sido encontrados los cadáveres de tantos hombres, mujeres o niños, que han perecido víctimas del frío y del hambre. Y, aunque a nosotros mismos nos parezca mal, casi leemos ya esta clase de noticias con cierta indiferencia, algo así como si se tratara de una charla de un García Sanchiz o de un artículo de un Ramiro de Maeztu, en cuya lectura no quisiésemos perder el tiempo.

Y es que esto de que muchos miserables, en España, mueran de hambre y frío, sobre todo en las estaciones frías—Otoño e Invierno—es una cosa tan corriente como, pongamos por ejemplo, que los diputados, en el Parlamento, no hagan nunca nada serio para resolver los problemas que discuten y pretenden solucionar.

Los defensores del orden, esos señores que en cada esquina y cada instante se esfuerzan por convencernos de que eternamente habrán de haber ricos y pobres; de que la pobreza es una virtud cristiana—y, en cierto modo lo es, ya que la posesión de riquezas implica casi siempre «suciedad»—, y hasta de que el afán del pobre por alcanzar la riqueza constituye una virtud social; estos graves señores, decimos, nos saldrán, seguramente, al paso para argumentar de esta manera en defensa de España; o mejor, en justificación de que en España los pobres se mueran de frío y hambre: Si bien en nuestro país sucede tal cosa, no es menos verdad que en otros mucho sucede otro tanto, y, en épocas de frío, con no menos frecuencia que en España. Es como razonaría, tratando de consolarse, el naufrago que contemplara a otros ahogándose a su lado.

Pero esta pretendida justificación no pasaría de ser esto: una pretendida justificación, al enfrentarla con un argumento serio, humano, sólido. Porque una tal manera de razonar es completamente estúpida e inhumana.

Terror de los mendigos dijo alguien que es el invierno. Dijo bien, sin duda. Pero, si se hubiera detenido a pensar un momento, hubiera dicho: Sistema capitalista, productor de mendigos, tú haces que el invierno sea para muchos seres odioso, cuando debería ser querido.

Porque no puede negarse la necesidad, la utilidad y la conveniencia de que las estaciones se manifiesten plenamente. Y no son, pues, éstas las malas, las crueles con los desgraciados que forzosamente han de padecerlas en todo su rigor. Si en un Madrid, por ejemplo, muchos hombres, mujeres y niños han de sufrir una, dos, tres noches de inviernos debajo del arco de un puente, cobijados en cualquier agujero o adheridos a un portal, culpable de este crimen no es la inclemencia del invierno, es el sistema de explotación capitalista, donde el bienestar de los menos nace de la miseria de los más, donde que para unos pocos, relativamente, hagan todas las estaciones gratas para sí, para la inmensa mayoría éstas han de ser odiosas, o cuando menos desagradables.

¿Que lo mismo sucede en Berlín, París, Londres, Buenos Aires, etc.? Exacto. Pero todas estas capitales, y las más que quieran añadirse, no son, tratándose de la inclemencia de las estaciones y de los desdichados que no poseen albergue o que habitan dentro de cuatro paredes enmohecidas, capitales de Alemania, Francia, Inglaterra y Argentina; son ciudades de países capitalistas y, en este caso, son solamente el sistema capitalista.

No pretendemos, claro, que el Gobierno de la República trate de hacer descender la mortalidad por frío y hambre entre los mendigos y los hambrientos en general. Tal cosa equivaldría a pedir que se acabase con la miseria y con el hambre de muchos seres; y esto, aún cuando quiera, no lo podría hacer el Gobierno del Sr. Lerroux, ni los de los demás países a que nos hemos referido.

Es una epidemia que se extinguirá—que ha de morir forzosamente—cuando muera el enfermo.

LAEROLF.

FLOREAL RODRÍGUEZ.

ESPARTACO.

2 Septiembre 1934